

## **EL BAÑO DE LA ABUELA**

Noviembre 2006

María estaba bañando a la abuela, cuando empezó el viento de su desgracia.

Llegué como cada sábado por la mañana a ver a la abuela.

Me crecería la nariz si no reconociera la pereza que me asalta cuando suena la estridente alarma del despertador, y me saca de la cama la idea de que, en menos de una hora, tengo que atravesar media ciudad para ir pasar unas horas con ella. Pero sólo pisar el primer peldaño de la anticuada escalera gris, se apodera de mi una sensación de devoción y resguardo. Al abrirme la puerta, la abrazo con fuerza y la beso con intensidad, resonando el choque de mis labios con su arrugada mejilla. Me sonrío con más ilusión que nunca, y sus ojos chispeantes me avanzan que vamos a pasar una inolvidable mañana juntas.

Tomo el café y saboreo la crujiente tostada de tomate y aceite que me ha preparado. Comentamos lo cansados que vamos la gente joven, los últimos cotilleos de las revistas del corazón, y le confío que si, aquel chico que, como ella dice, me pone ojitos, sigue igual de interesado y encantador. Llegamos entonces, una vez más, a ese momento en el que ella se deshace en detalles y me recuerda cómo conoció al abuelo, cómo se cortejaron y lo rápido que ha pasado el tiempo. Hoy, no sé porque, me lo cuenta con un nerviosismo contagioso.

Nos dirigimos al baño. Su casa siempre ha sido para mí un rincón acogedor, donde se suceden multitud de entrañables recuerdos de mi infancia. Hoy, no sé porque, noto una sensación un tanto gélida a medida que avanzo por el pasillo. El azul de las baldosas se ha vuelto intenso, alarmante.

Mientras la abuela se desviste, un tono lúgubre se extiende por la habitación. A través de la estrecha ventana del techo ha dejado de entrar claridad. "Qué extraño. Encenderé la luz...!" Como si el sol hubiera decidido tomarse vacaciones inesperadas, y las nubes se empujaran por hacerse un hueco en el cielo.

Me da la sensación de que la abuela está excitada al meterse en el agua. Su mirada es recelosa, como si quisiera decirme que ese baño no va a ser uno cualquiera.

Su lavado es siempre un ritual. La bañera llena hasta la mitad, agua templada. Sobre la esponja, expando el jabón de jazmín. Empiezo a frotarla con cuidado, pero a medida que extiendo la esponja, trocitos de su piel se desprenden de su cuerpo. "Serán sequedades? Tratándose de una persona de 80 años, pues..."

Le empiezo a enjuagar el cabello. Siempre he admirado su cabellera, blanca nuclear, bien peinada, distinguiéndola con elegancia y razón.

Así que le froto con ganas, imitando los masajes de las peluquerías. Pero de repente su pelo empieza a perder fuerza. Sin tiempo a reaccionar, sus gruesos hilos blancos son tragados por los poros de la piel, absorbidos hacia dentro, como si fuera agua que chupan las grietas de la tierra. En cuestión de segundos, la abuela se ha quedado calva. Lanzo un chillido y las manos me tiemblan. Una sensación de angustia recorre mi cuerpo. Sin dejar de observar su inaudita lisa cabeza, me repito que no pasa nada, todo está en orden.

Rompo a hablar como si estuviera en un concurso, y me premiaran por cuántas palabras puedo decir en un minuto. Pierdo el control de las frases. Cuelgo en mi cara una sonrisa de pánico, pero intento seguir el curso del ritual.

Al frotarle las uñas, de nuevo la pesadilla. Al restregarle la mano derecha, se han caído una tras otra. Las de la mano izquierda actúan igual.

La abuela está tateando una canción y mira al techo, como si no quisiera entrar en ese juego. Sólo interrumpe su melodía para decirme: "Cada vez está más negro, verdad? que extraño. Con lo agradable que se suponía el día".

Las lágrimas empiezan a deslizarse por mis mejillas. Ya son las manos las que han desaparecido al entrar en contacto con la esponja, y a medida que deslizo el crin por los brazos sus extremidades superiores se encogen hasta desaparecer totalmente.

Sólo quiero escapar de ese cuarto, aunque no me atrevo a dejarla ahí. Un golpe de viento cierra con fuerza la puerta. Las inhalaciones de mi respiración resuenan en las paredes. La abuela no quita la vista del techo, sonrío descaradamente y canta cada vez más fuerte, desafinando a conciencia, como si no quisiera percibir lo que esta ocurriendo.

Con expectación aterrante, acerco lentamente la esponja a las piernas, y aún de forma más veloz que los brazos, éstas se encogen hasta dejar de existir. Me levanto con brusquedad, y me apoyo contra la pared. No puedo parar de sollozar. La abuela es sólo una cabeza pelona y un torso rugoso. Sus ojos ríen, pero su mirada está muy lejos. Poco a poco su cuerpo se va confundiendo con las gotas de agua... corro hacia la puerta, la aporreo, mis gritos son violentos pero no me puedo controlar. No puedo salir. De reojo busco la bañera, ya no queda nada. El tapón se ha movido, y no hay ni una gota de agua...sólo restos de espuma del jabón de jazmín.

Y de nuevo la luz ha entrado por la claraboya, la puerta ahora ya se abre, y el pasillo azul vuelve a tener el calor de siempre.

Probablemente la abuela sabía que era su último baño. Probablemente a la abuela no le gustara la idea de despedirse. Probablemente la abuela sabía que esa era la forma más limpia y divertida de viajar hacia el abuelo.